

VELEIA

REVISTA DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA, ARQUEOLOGÍA
Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

Comité de Redacción:

I. BARANDIARÁN J. L. MELENA J. SANTOS V. VALCÁRCEL

Secretario:

J. GORROCHATEGUI

18-19



Torso *thoracatus* hallado
en Iruña, Álava,
la antigua
Veleia

eman la zabal zazu



Universidad del País Vasco
servicio editorial

Euskal Herriko Unibertsitatea
argitalpen zerbitzua

VITORIA

2001 - 2002

GASTEIZ

HERMENÉUTICA DE LA ASTROLOGÍA GRECORROMANA

Resumen: La astrología grecorromana es un código lingüístico con signos (planetas, signos del Zodíaco), y con leyes de interconexión entre ellos (eclíptica, aspectos, casas, límites), y ha de ser valorada no sólo desde la perspectiva de su cientificidad, sino desde la de sus funciones para el individuo y la sociedad: es un conocimiento del futuro singular que afecta a la totalidad de lo implicado, y en la totalidad de sus dimensiones. Suple así el conocimiento de la ciencia antigua, que no fue capaz de incluir ni lo futuro ni lo singular. La astrología integra al individuo en la comunidad, integrándolo previamente en su universo semántico. Cosmos, mundo humano y mundo natural se armonizan totalmente.

Abstract: The Graeco - Roman astrology is a linguistic code with signs (planets, Zodiac signs) and with interconnection laws between them (ecliptic, aspects, houses, and limits). It has to be considered not only under the perspective of his scientific feature, but also under its functional perspective for the individual and society. It is knowledge of the singular future, which affects the totality of what is implied, and in the totality of its dimensions. It stands for the knowledge of Ancient Science, which was not able to include neither what is future, neither what is singular. The astrology integrates the individual into community, integrating him previously in his semantic universe. Hermonization between cosmos, human world and natural world is total.

La astrología es un saber despreciado por los filósofos actuales hasta el punto de que no sólo no lo estudian, sino que descalifican a quien se atreva a estudiarlo. No les va mejor a los hermeneutas, que comparten las líneas básicas de pensamiento de los filósofos: una actitud presuntamente racional ante el mundo, entendiendo por «racionalidad» el discurso argumentativo, la cientificidad demostrativa de los conocimientos, sea con sentido o sin sentido. Pero en el mundo antiguo y hasta el renacimiento no existió semejante desprecio, aunque sí división de opiniones: grandes filósofos, como Posidonio, y científicos, como Tolomeo, no desdénaron apoyar estos saberes, como veremos, aunque los epicúreos y los escépticos lo atacaron duramente. Pero nadie se ruborizaba de discutirlos y de tratarlos. La diferencia entre las dos épocas se debe al distinto reparto del saber y la función de las instituciones en las dos épocas.

Toda sociedad tiene diversas dimensiones. Algunas son estrictamente individuales, no sólo institucionales: la singularidad de los *individuos*, sus deseos particulares, sus nombres propios; para cada individuo es lo más importante y, sin embargo, no es lo que la sociedad suele mantener con mayor interés, puesto que debe uniformar: sólo garantiza la suficiente individualidad como para que su exclusión no estorbe el funcionamiento de la globalidad.

Además de individuos, en toda sociedad hay *acontecimientos individuales*, no sólo reiterativos. Estos últimos coinciden con la repetición de las estaciones, en los pueblos agrícolas, con las celebraciones de los hechos fundacionales, con los sucesos históricos que han marcado y decidido el rumbo de su devenir y que constituyen su identidad. Pero esta singularidad es abolida por las ceremonias de conmemoración y de festejo que se repiten y en que el pueblo logra la comunidad y la fusión de sus individuos con los demás: los Grandes Festivales son la marca social de esta reiterabilidad. Pero hay otros acontecimientos estrictamente individuales, no repetidos ni repetibles, que la sociedad o el individuo

no rememora ni integra en sus efemérides, y que pueden ser tan importantes como los anteriores: una enfermedad, una cosecha, una batalla en que alguien ha perdido un hijo,...

Pero las sociedades, sobre todo, las tradicionales, no sólo viven del pasado, con reiteraciones de los acontecimientos, y con su repetición mítica, sino que viven también de *expectativas de futuro*. Y tanto por razones sociales como naturales: se depende de lo que los demás hagan, algo que no siempre es predecible y, aunque, se exige de los otros un comportamiento de acuerdo a normas y, por tanto, incluido en lo ya conocido, siempre pueden irrumpir miembros de otras comunidades que no acepten estos criterios, o del propio grupo que no los respeten en un momento dado. Se producen, además, crisis, tanto colectivas como individuales, que no responden a ingerencias de nadie y que, sin embargo, se producen de manera imprevista, según el grado de conocimientos de la sociedad. Pero la naturaleza no es menos impredecible: la meteorología, las catástrofes, las cosechas no están al alcance del control de los hombres.

Todas estas singularidades y de futuro afectan, además, no sólo a aspectos cualesquiera de los hombres y a sus posesiones y comunidades, sino a su totalidad, a su *integridad*: un naufragio es un suceso singular, pero en él se juega uno la vida; una mala cosecha no sólo es un suceso meteorológico o económico, sino que, con ello, la posición social, el prestigio, la capacidad de reaccionar y de resistir moralmente a la desgracia están en juego; una enfermedad posibilita o destruye proyectos y, con ello, actividades, relaciones con los amigos...

La filosofía y el pensamiento antiguo que pasa por paradigmático, y únicamente sobre el cual los europeos se han volcado a transmitirlo y a proporcionarlo, el llamado pensamiento «científico», no fue capaz de incluir estos campos. La ciencia era para ellos sólo de lo universal, no de lo particular; lo universal es intemporal, ya porque es eterno o porque es reversible y, por tanto, no es puntual; el presente intemporal domina, y esto es sólo una forma de institucionalizar teóricamente el pasado: el futuro se escapa, no es cognoscible. Estas ideas son el núcleo de todas las concepciones filosóficas griegas, tanto de Platón, como de otros filósofos presuntamente más empíricos, como Aristóteles; y también de los estoicos. Ciencia sólo hay de lo universal¹.

Pero hubo saberes que cumplieron la misión de suplir estas deficiencias y se ocuparon de los campos antes mencionados. Los agruparon bajo el nombre de «adivinación» (*mantiké*): tratan de lo singular, futuro y que afecta íntegramente a los singulares. Hay tres tipos de adivinación: la oracular, la oniocrítica y la astrológica². Yo me ocuparé aquí sólo de la astrológica³.

¹ cf. Platón: *República*, VI, 509 d-511 e; *Timeo*, 27 d-29 c; Aristóteles; *Analíticos Posteriores*, I, 2, 71 b 9-72 b 4; *Ética a Nicómaco*, VI, 3, 1139 b 14-36; *Metafísica*, I, 2, 982 a 4-b 10; sobre los estoicos, cf. Diógenes Laercio, VII, 49; Séneca: *Cartas morales a Lucilio*, LXXI, LXXXIX. Es cierto que Aristóteles considera que sólo se delibera (*bouleúetai*) sobre el futuro, y no sobre el pasado (*Ética a Nicómaco*, VI, 2, 1139 b 7-11): pero con ello se refiere a lo posible en general, no a acontecimientos concretos, e indaga sus presupuestos lógicos y metafísicos; lo restringe al ámbito de lo moral, no incluye lo cosmológicamente posible: son los posibles que están en nuestra mano; y, finalmente, considera que estas deliberaciones no son ciencia en sentido estricto.

² Donde aparece con toda explicitud esta clasificación es, por ejemplo, en Jámblico: *Sobre los misterios de*

Egipto. Introducción, traducción y notas de E.A. Ramos Jurado, Madrid 1997: todo el libro III; A. Bouché - Leclercq: *Histoire de la divination dans l'Antiquité*, Paris 1879, I, p. 108-110; para unas breves observaciones sobre el aspecto hermenéutico de la adivinación y de la oniocrítica, cf. José Ramón Arana: *Historia de la Hermenéutica*, capítulo V (libro de próxima aparición).

³ Dado el carácter de este artículo no puedo entrar en cuestiones de evolución histórica ni en diferencias de concepción entre los diversos astrólogos: sólo trataré las líneas maestras del pensamiento y del proceder astrológico. Estudios completos sobre la astrología antigua, cf. A. Bouché - Leclercq: *L'Astrologie Grecque*, Paris 1899; F. Cumont: *Astrology and Religion among the Greeks and Romans*, New York 1960; y W. Hübner: *Die Eigenschaften der Tierkreiszeichen in der Antike*, Wiesbaden 1982.

ASTRONOMÍA Y ASTROLOGÍA

En la Antigüedad no hay una distinción terminológica estricta entre astronomía y astrología, algo que hoy distinguimos perfectamente: la primera sería la ciencia física de los astros, la segunda el saber acerca de su influjo sobre los hombres, en las comunidades e individuos. Pero de esta distinción no se sigue, en modo alguno, que no hubiera una distinción conceptual⁴. Un índice es que los filósofos que rechazan la astrología no rechazaron con ello la astronomía: lo que se critica es la noción de determinación del comportamiento de los hombres por los astros, pero no el conocimiento posible del movimiento, naturaleza y número de los astros, cuestiones todas ellas astronómicas. Y el mayor astrónomo de la Antigüedad, Tolomeo, escribió dos obras diferentes, con conciencia expresa sobre su diferente temática: una sobre astronomía, la *Sintaxis astronómica*, más conocida por su nombre árabe, *Almagesto*, y otra el *Tetrabiblos*, manual de astrología. Aunque él no utilice jamás el término «astrología», tiene conciencia clara de las diferencias:

«Siro, son dos los medios más grandes e importantes que proporcionan el pronóstico por medio de la astronomía (*astronomia*), uno, el primero en orden y poder, por medio del cual captamos los aspectos producidos por los movimientos del sol, de la luna y de los astros entre sí y con respecto a la tierra; el segundo, por medio del cual examinamos a través de la peculiaridad física de estos mismos aspectos los cambios que realizan en las cosas afectadas por ellos. El primero, al poseer una teoría propia y deseable por sí misma, aunque no alcance su acabamiento más que por su vinculación con el segundo, ha sido recorrido en su propia sistematicidad por mi *Almagesto* en el presente de manera apropiada a la filosofía, para que quien busque, ante todo, la verdad, sirviéndose de esta finalidad, ni yerre en su concepción por la firmeza del primero, ya que siempre es igual, imaginándose la debilidad y dificultosa conjeturabilidad de la cualidad física de los singulares (*pollois*), ni vacile en la medida de lo posible en su estudio, ya que la mayoría y los más importantes sucesos manifiestan claramente de este modo su causa a partir de lo que les envuelve. Pero puesto que todo lo que cuesta alcanzar es fácilmente rechazado por la mayoría, y en estas dos maneras de conocimiento, las descalificaciones de la primera serían completamente cosa de ciegos, las de la segunda, en cambio, tienen más aparentes justificaciones (porque o la insuficiencia de la teoría en algunos puntos proporciona apariencia de una completa falta de entendimiento, o porque la dificultad en conservar lo conocido lo margina en su finalidad como algo inútil), trataremos de examinar con brevedad, antes de la exposición sistemática, el alcance tanto del poder como de la utilidad de semejante pronóstico».

Así comienza el *Tetrabiblos*. La astrología, según este texto, es una parte de la astronomía, que se distingue de esta no tanto por su pretensión de predictibilidad, que ambas comparten, sino, primero, por su respectivo objeto: la astrología afecta a los seres sublunares, móviles y cambiantes, mientras que la astronomía se ocupa de los seres eternos y siempre iguales, no cambiantes; segundo, por la dignidad teórica: la astronomía es una ciencia cultivable por sí misma, mientras que la astrología carece de la científicidad propia de una ciencia de lo eterno: y es normal

⁴ cf. W. Hübner: «Die Begriffe "Astrologie" und "Astronomie" in der Antike», en *Abhandlungen der Akademie der Wissenschaften in Mainz*, 7, 1989, p. 5-82; y para el mundo romano, las obras definitivas de A. Le

Boeuffle: *Le vocabulaire latin de l'astronomie*, Paris 1973; *Les noms latins d'astres et de constellations*, Paris 1977; *Astronomie, Astrologie, Lexique latin*, Paris 1987.

que así sea, pues en el mundo antiguo hay una correlación entre tipo de objeto y tipo de conocimiento: cuanto mayor dignidad ontológica tenga el objeto, mayor será la científicidad de su estudio, y los astros son, como acabo de decir, eternos e inmóviles; pero, sobre todo, por la dependencia teórica: puede practicarse la astronomía sin la astrología: «por sí misma» significa que no depende de la astrología para ser investigada, pero también que se le asigna a la astronomía la dignidad de la ciencia suprema que buscaba Aristóteles, la que se busca por sí misma, libre de necesidades y de subordinaciones tanto teóricas como prácticas: por afán de saber; mientras que la astrología es imposible practicarla sin conocimientos astronómicos. Este texto, por tanto, manifiesta claramente la conciencia que tiene Tolomeo de la diferencia entre estos dos saberes, la astronomía y la astrología. Pero lo mismo piensan, sobre esta diferencia, Cicerón y Sexto Empírico⁵.

Tampoco hay que confundir la astrología con la Astrolatría: esta es una concepción religiosa que concibe a los astros como seres divinos⁶. Pero lo que diferencia a ambas disciplinas es la noción de *horóscopo*: la Astrolatría afirma también que los astros influyen en la vida de los hombres y de las tierras, puesto que son divinidades y son más potentes que los hombres; pero de ahí no se sigue que esa actuación de los dioses astrales esté en función del momento del nacimiento o de la concepción. La astrología, en cambio, afirmará también, a veces, la divinidad de los astros, como veremos, sobre todo, a partir de cierto momento, pero este puede ser considerado sólo como un presupuesto teórico de la astrología; por lo demás prescindible: bastaría concebir los astros como seres puramente físicos, para justificar sus influjos y sus poderes; y de hecho, Tolomeo lo hará así: no hay en él rastro de astrolatría⁷.

La astrología se ocupa del futuro: «la mántica es el preconocimiento y ciencia del futuro», define Cicerón, y especifica sus temas: sueños, oráculos, augurios, astrología⁸. Igualmente Fírmico Materno: «ciencia de la predicción»⁹. Y las nociones de «pronóstico» y «preconocimiento» aparecen constantemente en la obra de Tolomeo: lo hemos visto ya en la misma delimitación de la astrología con respecto a la astronomía: es lo que tienen de común ambos saberes. Sin futuro no se concibe la astrología: forma parte de su autoconciencia y de su proceder.

Pero también la astronomía predice el futuro: las posiciones de los planetas en determinadas épocas del año, los eclipses, el Gran Año... Lo que diferencia a la astrología es que pretende conocer un futuro puramente singular e irrepetible: porque los movimientos de los planetas son reiterables y, por tanto, se convierten en una manera más de universalidad. Mientras que la predictibilidad de la astrología afecta al mundo sublunar, mundo de la contingencia, y a los sucesos

⁵ cf. Cicerón: *De divinatione*, II, 42, 89; Sexto Empírico: *Adv. math.*, V, 5 (hay traducción española de este texto: *Contra los profesores*. Introducción, traducción y notas de Jorge Bergua. Madrid 1977).

⁶ cf. J.L. Calvo Martínez: «La astrología como elemento del sincretismo religioso del helenismo tardío», en A. Pérez Jiménez (ed.): *Astronomía y astrología de los orígenes al Renacimiento*, Madrid 1992, p. 60; no haber tenido en cuenta esta distinción ni la diferencia conceptual, por más que no terminológica, entre astronomía y astrología, es lo que ha llevado a F. Lisi a considerar a Platón como un pensador partidario de la astrología: «Astrología, astronomía y filosofía de los

principios de Platón», en A. Pérez Jiménez, *o. c.*, 1992, p. 87-110.

⁷ Explica las cualidades de los astros a través de las propiedades físicas: caliente, frío, húmedo, seco, cf. *Tetrabiblos*, I, 4, 17-19: para los planetas; I, 9, 22-28: para los signos del Zodíaco. Sobre la religión astral en la Antigüedad, cf. A. Festugière: *La révélation d'Hermès Trismégiste*. II. Le dieu cosmique, Paris 1949; y M.P. Nilsson: *Geschichte der griechischen Religion*, München II, 1961, p. 486 ss, 496 ss.

⁸ cf. Cicerón: *De divinatione*, I, 1, 1-3.

⁹ Fírmico Materno: *Mathesis*, II, 1, 1; II, 30, 15.

irrepetibles: si es ciencia, ese es su valor¹⁰. Fírmico lo sintetizó en una idea memorable: «no hay dos hombres iguales»¹¹.

Este tema de la singularidad fue discutido en la Antigüedad. Los adversarios de la adivinación y de la predicción sostuvieron que los aciertos de los astrólogos y adivinos se basaban en la conjetura basada en observaciones de fenómenos que se reiteraban: en nada diferían, por tanto, de un saber empírico cualquiera. Pero también sus partidarios sostuvieron esta tesis, aunque no negaban que hubiera otro tipo de acontecimientos futuros y de conocimiento del futuro que son estrictamente singulares: pero para ello postulan un poder innato concedido por los dioses; se trata de la diferencia entre la adivinación artificial y la adivinación natural¹². Esta doctrina no sólo salvaguarda la científicidad de la astrología, aproximándola a la técnica, sino que es también un modo de mediación entre la pura excepcionalidad de las dotes del astrólogo y su comportamiento dentro de la comunidad social y del conocimiento.

Hay un caso que parece desmentir esta singularidad del conocimiento del astrólogo: sobre el Emperador no se puede hacer ningún vaticinio¹³. Y si en el mundo del imperio había un rol social y político singular ese era el del emperador. Las razones inmediatas que aduce Fírmico para esta prohibición son el miedo a la persecución por los emperadores: aunque en general los astrólogos pudieron actuar sin problemas¹⁴, hubo algunos decretos que prohibían su actividad por miedo a que se convirtieran en grupos cerrados y subversivos; a partir del año 139 a. C., en que ocurre el primer caso de censura, se reiteran algunos más; Diocleciano fue muy duro al respecto; y con los emperadores cristianos la persecución es casi total¹⁵. Fírmico hace bien en precaverse. Pero esto no puede ser interpretado en el sentido de que la singularidad no es objeto de la astrología. Y no sólo porque se podía pensar que es una excepción, sino porque, de hecho, el Emperador no es una singularidad: en él convergen las tradiciones legitimadoras del estado, él encarna todas las instituciones políticas, a él se deben las buenas o malas cosechas: él es, en realidad, un todo social en forma de individuo. No en vano es un dios y sobre los dioses no hay vaticinios; como así lo reconoce el propio Fírmico en este paso: su poder excepcional, que abarca todas las tierras y todos los hombres, lo excluyen del poder del vaticinio.

Por si fuera poco, este saber y lo que vaticina no es meramente especulativo, sino que afecta a la vida entera de los que son incluidos en él: enfermedad, empobrecimiento, edad, profesión... son algunos de los ámbitos simultáneamente presentes en el vaticinio. La clasificación de las distintas ramas de la astrología lo pone en evidencia. Seguiré la de Tolomeo, por ser la más sistemática y ordenada. Después de haber distinguido la astronomía de la astrología, subdivide la astrología en dos grandes subgrupos: la general y la genethliaca. La general se subdivide, a su vez, en aquella que se

¹⁰ Cicerón: *De divinatione*, I, 6, 12-14; 24: relato de casos singulares que anuncian el futuro.

¹¹ cf. Fírmico Materno: *Mathesis*, I, 5, 4-5; 10, 6-12; sobre casos de predicción del futuro, cf. W. Gundel: «Individual Schicksal, Menschentypen und Berufe in der antiken Astrologie», en *Jahrbuch der Charakterologie*, 4, 1927, p. 135 ss; y O. Neugebauer - H.B. Van Hoesen: *Greek Horoscopes*, Philadelphia 1959.

¹² cf. Cicerón: *De divinatione*, I, 6, 11-12; I, 55, 125-131.

¹³ cf. Fírmico Materno: *Mathesis*, II, 30, 3-7.

¹⁴ Hubo algún emperador, incluso, que se rodeó, no sin crueldad, de varios de ellos: cf. Tácito: *Anales*,

VI, 20-21; y F. H. Cramer: *Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia 1954, p. 57-80; y para la popularidad de que gozó en Roma la consulta a los astrólogos, cf. W. y H.G. Gundel: *Astrologoumena*. Die astrologische Literatur in der Antike und ihre Geschichte, Wiesbaden 1966, p. 195-199.

¹⁵ cf. F.H. Cramer: «Expulsion of Astrologers from Ancient Rome», en *Class. et Med.*, 12, 1951; y para la época de los emperadores cristianos: L. Gil: *Censura en el mundo antiguo*, Madrid 1961, p. 443 ss.

ocupa de las regiones enteras, y la de las ciudades; la que trata de las condiciones periódicas mayores: guerras, hambres, pestes, terremotos, diluvios; otra parte trata de los periodos menores y ocasionales: temperatura de las diversas estaciones del año, tormentas, calores, vientos. La genethliaca se ocupa de los individuos; y tiene como subpartes: la predicción de los acontecimientos que preceden al nacimiento, con el número de padres; acontecimientos antes y después del nacimiento, como el número de hermanos y hermanas; acontecimientos en el momento preciso del nacimiento: sexo, mellizos o nacimientos múltiples, monstruos, niños ineducables; temas post-natales: longitud de la vida, forma del cuerpo, enfermedades somáticas, anímicas; posesiones y dignidades; profesiones; matrimonio e hijos; asociaciones, tratos y amigos; viajes, muerte¹⁶. Ofrezco el esquema:

1. General:

- regiones enteras
- ciudades
- condiciones periódicas mayores
- condiciones periódicas menores y ocasionales

2. Genethliaca:

- antes del nacimiento
- antes y después del nacimiento
- en el momento del nacimiento
- postnatales

Geografía¹⁷, historia, política, climatología, familia, profesión, fortuna, salud, comercio, relaciones sociales, duración de la vida: todos los aspectos de la actividad humana y de su ambiente están afectados por la astrología, a todos llega.

Después de todo esto, podemos definir la astrología antigua como un *conocimiento total de lo futuro singular*.

La convergencia de todas estas dimensiones y su expresión máxima es el concepto de horóscopo: el horóscopo se determina por la coordenada espacial y temporal en el momento del nacimiento (otros sostienen que el de la concepción) con respecto a los planetas y a los signos del Zodíaco¹⁸. Su singularidad es tal que tiende a la evanescencia, porque basta un desplazamiento de milésimas de tiempo o de lugar, para que ya las fuerzas que actúan del sistema astral se hayan desplazado¹⁹. Sexto Empírico, enemigo de la astrología, lo sabía muy bien y afirma que quien ataque el concepto de horóscopo atacará todo el edificio en que se asienta la astrología²⁰. Por el horóscopo, el individuo no sólo es un singular, sino un singular aliado estrechamente al espacio y al tiempo y a un espacio y tiempo determinado, y con ello al cosmos; la predictibilidad del vaticinio se asienta en su conocimiento.

¹⁶ Reconstruyo el esquema que, de forma dispersa, ofrece Tolomeo en *Tetrabiblos*: I, 1, 1-2; II, 1, 53-55; III, 3, 110-111.

¹⁷ Ha subrayado el carácter etnográfico de la astrología de Tolomeo G. Aujac: *Claude Ptolémée, astronome, astrologue, géographe*. Connaissance et représentation du monde habité, Paris 1993, p. 90-103.

¹⁸ cf. Manilio: *Astronomica*, III, 203-509; (hay traducción de esta obra: *Astrología*. Introducción de F. Ca-

lero. Traducción y notas de F. Calero y M.J. Echarte. Madrid 1996); Tolomeo: *Tetrabiblos*, III, 1, 103-108; cf. H. Gundel: «Zodiakós», en *RE*, 1972, col. 585-587.

¹⁹ cf. Manilio: *Astronomica*, III, 204-509; Sexto Empírico: *Adv. math.*, V, 41-42; Tolomeo: *Tetrabiblos*, III, 2, 108-110.

²⁰ cf. Sexto Empírico: *Adv. math.*, V, 49-51.

ASTROLOGÍA, UN LENGUAJE

La astrología procede como un código lingüístico perfectamente estructurado. En primer lugar, el concepto de *signo*: los astros, planetas (Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio, Luna²¹) y los signos del Zodíaco (Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Piscis, Acuario²²).

Cada uno de ellos tiene propiedades intrínsecas como significante: materialidad / o divinidad (según que los astrólogos los consideren divinidades o cuerpos celestes), esfericidad, tamaño. Pero, sobre todo, tienen un significado: el *poder o capacidad de influir*: este es el universo semántico de este código. Así como otros códigos no están limitados a una única perspectiva y se organizan desde ejes diferentes simultáneamente hasta el punto de que cualquier ámbito puede, en principio, ser integrado en el universo de su discurso²³, esta unilateralidad es lo que diferencia al código astrológico del lenguaje natural y lo aproxima al universo de la ciencia; ya veremos con qué diferencias. Dentro de este universo —la capacidad de influir en lo sublunar—, cada signo tiene sus propiedades peculiares, por las cuales se distingue de cualquier otro. Estas propiedades son intrínsecas a cada signo y se le atribuyen en virtud de criterios comunes de delimitación.

Sólo interesan los planetas y los signos del Zodíaco desde la perspectiva de su influjo en el mundo sublunar: es el objetivo de la astrología. Comprobamos una vez más cómo el significado predomina sobre el significante: desde esta perspectiva, la astrología sigue siendo un saber logocéntrico. Para precisar el significado los astrólogos antiguos recurren a una serie de criterios que sobredeterminan el significado de los signos. Adjunto una tabla con sólo algunos de los criterios de clasificación.

	Saturno	Júpiter	Marte	Sol	Venus	Mercurio	Luna
Caliente		+	+	+	+		+
Frío	-						
Húmedo		+					
Seco	-		-	-	+	+	+
Benéfico		+		+	+	+	+
Maléfico	-		-	-		-	
Masculino	+	+	+	+		+	
Femenino					-	-	-
Diurno	+	+		+		+	
Nocturno			-		-	-	-

TABLA I. Características intrínsecas de los Planetas²⁴

²¹ cf. Manilio: *Astronomica*, I, 532-538; este es también el orden que sigue Tolomeo y que se convirtió en canónico: recuerdo que la tierra está fija en el centro y que no es «errante»; cf. A. Bouché - Leclercq: *L'astrologie grecque*, Paris 1899, p. 107-108.

²² Sobre sus denominaciones y constitución, cf. H. Gundel: «Zodiakós», en *RE*, 1972, col. 472-475.

²³ cf. U. Eco: *Trattato di semiotica generale*, Milano 1975, p. 178-182.

²⁴ Sigo el orden de Tolomeo por aproximación progresiva a la tierra y también en la distribución de sus cualidades, cf. Tolomeo: *Tetrabiblos*, I, 4, 17-7, 21; otras tablas, cf. G. Aujac, *o. c.*, 1993, p. 79.

	Poderes	Color	Sexo	Horario	Figura	Habitat	Compos.
Aries	Hu. Cal.	Rojo	M	Día	Anim.	Tierra	Simple
Tauro	Hu. Cal.	Rojo	F	Noche	Anim.	Tierra	Simple
Géminis	Hu. Cal.	Rojo	M	Noche	Hum.	Tierra	Doble
Cáncer	Sec.-Cal.	Amar.	F	Día	Anim.	Mar	Simple
Leo	Sec. Cal.	Amar.	M	Día	Anim.	Tierra	Simple
Virgo	Sec. Cal.	Amar.	F	Noche	Hum.	Tierra	Doble
Libra	Sec. Frí.	Negro	M	Noche	Hum.	Tierra	Simple
Escorpión	Sec. Frí.	Negro	F	Día	Anim.	Tierra	Simple
Sagitario	Sec. Frí.	Negro	M	Día	H.-An.	Tierra	Doble
Capricornio	Hu. Frí.	Blanco	F	Noche	Anim.	T-M	Doble
Acuario	Hu. Frí.	Blanco	M	Noche	Hum.	T-M.	Simple
Piscis	Hu. Frí.	Blanco	F	Día	Anim.	Mar	Doble

	Elemen.	Países	Posición	Compleitud	Postura	Humor	Temp.
Aries	Aire	Egipto	Der.	Compl.	Corre	Sangre	Sang.
Tauro	Aire	Asia	Izq.	Fragm.	Sentad.	Sangre	Sang.
Géminis	Aire	Ponto E.	Izq.	Compl.	Erguid.	Sangre	Sang.
Cáncer	Fuego	India	Izq.	Fragm.	Tumb.	Hiel	Cole.
Leo	Fuego	Armen.	Der.	Compl.	Corre	Hiel	Cole.
Virgo	Fuego	Jonia	Der.	Compl.	Erguid.	Hiel	Cole.
Libra	Tierra	Italia	Der.	Compl.	Sentad.	Bilis n.	Mel.
Escorpión	Tierra	Libia	Der.	Fragm.	Tumb.	Bilis n.	Mel.
Sagitario	Tierra	Sicilia	Der.	Fragm.	Corre	Bilis n.	Mel.
Capricornio	Agua	España	Der.	Compl.	Sentad.	Pituita	Flm
Acuario	Agua	Fenicia	Der.	Compl.	Erguid.	Pituita	Flm.
Piscis	Agua	Mesopo.	Der.	Compl.	Tumb.	Pituita	Flm.

TABLA II. Características intrínsecas de los signos del Zodíaco²⁵

Pero hay otros muchos campos cubiertos por los astros: estaciones del año, meses, vientos, edades de la vida, piedras, plantas, animales, dioses, Musas ...

Cada signo forma parte también de un *sistema*: adquiere significado por su codeterminación con los demás. Hay una serie de conceptos sistemáticos de codeterminación del significado. Menciono algunos:

a) La *eclíptica*: es el camino que recorre el sol por entre los signos del Zodíaco y el ecuador terrestre:

«El círculo zodiacal es inclinado, proyectado sobre los trópicos y el ecuador y tocando a cada uno de los trópicos y al ecuador en un único punto, y cortando al ecuador en dos partes iguales. Al tener este Zodíaco una anchura considerable, un límite es el boreal, el otro el austral, el otro la mitad

²⁵ Utilizo, además de las informaciones directas de Manilio, Sexto Empírico, Tolomeo y Fírmico Materno, los cuadros de H. Gundel: «Zodiakós», en *RE*, 1972,

col. 549-552; 571-572; 575-576; y G. Aujac, *o. c.* 1993, p. 85.

de ambas. Precisamente por eso, se le dibuja también con tres círculos, uno de los cuales, el central, se llama el solar, y los otros el boreal y el austral respectivamente. A lo largo de este Zodíaco los demás planetas se aproximan, según un movimiento ya predeterminado para cada cual, unas veces hacia el del norte, otras hacia el del sur: pero únicamente el sol se mueve sólo a lo largo del del medio, sin acercarse al boreal o al austral (...). El sol no se acerca a ninguna de las partes del Zodíaco, sino que lo corta justamente por el círculo más central en su avance, de ahí que se le llame a este el círculo solar. Los demás planetas se acercan también a las partes boreales y australes del cosmos, y también a las del mismo Zodíaco, moviéndose en él de forma helicoidal»²⁶.

El de «eclíptica» no sólo es un concepto astronómico esencial, sino que pone en relación diferentes elementos de la teoría astrológica: el movimiento de los planetas pasa a ser definido por su mayor o menor aproximación respecto a él; por tanto, dentro de los planetas —el sol es uno de ellos en la astronomía antigua— establece una correlación. Además, conexiona el movimiento solar con los signos del Zodíaco: interrelaciona también el sol y el círculo zodiacal; y, a través de él, todo el sistema planetario. Por si fuera poco, la eclíptica tiene una relación con el ecuador, eje central de la tierra (unos 24 grados de inclinación): conexiona también el sistema planetario con el la tierra; y como el sistema solar esta conexionado por ese concepto con el círculo zodiacal, vincula la tierra con el Zodíaco. De esta manera los tres grandes sistemas, Tierra, planetas y Zodíaco, entran en una conexión determinable e inteligible a través de este concepto. No voy a entrar ahora en el análisis de las ventajas de la regularidad de este movimiento, de su equilibrio simétrico en su corte del ecuador...

b) el *aspecto*: la relación geométrica en que los astros están entre sí; y puede subdividirse en triangular (Aries, Leo, Sagitario; Tauro, Virgo, Capricornio; Géminis, Libra, Acuario; Cáncer, Escorpión, Piscis: están separados cada ciento veinte grados, y a contar desde el primero, hasta el quinto signo zodiacal y así sucesivamente), cuadrangular (Aries, Cáncer, Libra, Capricornio; Tauro, Leo, Escorpión, Acuario; Géminis, Virgo, Sagitario, Piscis: están separados noventa grados cada uno; a contar desde el primero hasta el cuarto y así sucesivamente), exagonal (Aries, Géminis, Leo, Libra, Sagitario, Acuario; Tauro, Cáncer, Virgo, Escorpión, Capricornio, Piscis: están separados sesenta grados, y hay que contarlos cada tres signos zodiacales partir del primero²⁷). Es interesante en esta clasificación que no cualquier astro puede formar cualquier relación con cualquier otro, porque entonces se destruiría la idea misma de aspecto: hay criterios selectivos y excluyentes; sólo hay cuatro triángulos, tres cuadrados y dos exágonos: se trata de reglas sintácticas de combinación y de exclusión.

c) *Casas*: posición de un planeta en el signo del Zodíaco donde su influjo es mayor:

Leo	es la casa de	Sol
Cáncer		Luna
Capricornio y Acuario		Saturno
Sagitario y Piscis		Júpiter
Aries y Escorpión		Marte
Tauro y Libra		Venus
Géminis y Virgo		Mercurio

²⁶ cf. Cleomedes: *Encyclop. astronom.*, I, 4, 18-19; en H. Gundel: «Zodiakós», *RE*, 1972, col. 470.

²⁷ cf. Manilio: *Astronomica*, II, 270-432; Tolomeo: *Tetrabiblos*, I, 13, 34-35; 18, 39-41; Fírmico Materno: *Mathesis*, II, 22, 3-8.

La asignación de las casas no es caparichosa: responde a los criterios de afinidad física (frío, seco, húmedo, caliente) o de aspecto geométrico, o sexo; por ejemplo, la asignación de Leo y Cáncer como casas del Sol y de la Luna respectivamente, se debe a que esos signos del Zodíaco son los más productivos de calor: como Leo es masculino, al Sol, como Cáncer es femenino, a la Luna. Y así, con criterios equivalentes, a los demás²⁸.

La asignación de casas se hace, entonces, en función de las propiedades intrínsecas de los signos y puede ser considerada, en este caso, como un significado de segundo orden.

d) *límites*: son los grados que cada planeta ocupa en cada signo dentro de los cuales ejerce su respectivo poder: este es el sistema basado en el concepto de «casas», de origen egipcio; pero también hay otro, de origen caldeo, que utiliza el sistema de triplicidades. Cada signo del Zodíaco incluye los cinco planetas (se excluyen el Sol y la Luna), cada uno de ellos con diversos grados, variables, según sea benéfico o maléfico, sea el planeta dominante o no; los límites de estos planetas dentro de cada uno de los signos del Zodíaco no son iguales y, además, no coinciden los grados en donde se producen los límites de cada planeta; y la suma total de estos grados en cada signo del Zodíaco es treinta, que es el número total de grados de cada uno de los signos del Zodíaco. De modo que todo el espacio del signo zodiacal está cargado en todo momento de energía, pero diversamente cualificada. Por ejemplo, para los dos primeros signos del Zodíaco:

Aries:	Júpiter, 6	Venus, 8	Mercurio, 7	Marte, 5	Saturno, 4
Tauro:	Venus, 8	Mercurio, 7	Júpiter, 7	Saturno, 2	Marte, 6 ²⁹ .

La asignación de número de grados es compleja, según sean los planetas benéficos o maléficos, según sean de prerrogativas simples o dobles, y otros. En cualquier caso, se trata por todos los medios de que el número de grados esté completamente cubierto: no puede haber huecos vacíos en el sistema, ni, mucho menos, en el concepto mismo de poder, que es a lo que afecta el concepto de límite. En cuanto a la posición, los criterios son también complejos, según su beneficencia o maleficencia, sus prerrogativas, su exaltación³⁰...

Todo tiene su explicación: el punto de partida es la observación astronómica de la posición de los planetas en los diferentes signos zodiacales y su longitud; la astrología trata de encontrar los criterios de eficacia de semejantes posiciones y grados; no hay saber, seguramente, con mayor avidez explicativa.

Basten estos conceptos de eclíptica, aspecto, casa y límite, para comprobar cómo el significado de los signos, es decir, su poder, se determina no sólo en función de sus propiedades intrínsecas, sino también en virtud de su posición en el código, o sea, de la relación de unos signos con otros. Esto lo sabía perfectamente Tolomeo y lo formuló con claridad:

«De todo lo que precede fácilmente se echa de ver que hay que examinar la cualidad de cada astro (= planetas y signos zodiacales) a partir del propio peculiar carácter de cada uno de ellos y también del de las dodecatemorías que lo envuelven o también del de sus aspectos respecto al sol y a sus ángulos, según la manera explicada por nosotros sobre todo ello»³¹.

²⁸ cf. Tolomeo: *Tetrabiblos*, I, 17, 37-38; también Sexto Empírico: *Adv. math.*, V, 33-37.

²⁹ cf. Tolomeo: *Tetrabiblos*, I, 20, 43-21, 49; también Sexto Empírico: *Adv. math.*, V, 33-37.

³⁰ cf. Tolomeo: *Tetrabiblos*, I, 19, 41-42.

³¹ cf. Tolomeo: *Tetrabiblos*, I, 24, 52.

Pero no menos consciente es de la sobredeterminación de criterios implicados en estas correlaciones, hasta el punto de hacer imposible el estudio de todas las combinaciones:

«Así, pues, al ser de esta manera peculiar la naturaleza propia de cada uno de los astros, influye en su peculiar manera, pero mezclados unos con otros según los aspectos y los cambios de los signos zodiacales y de sus fases respecto al sol, al tomar proporcionalmente la mezcla en sus poderes, ponen en obra también su carácter peculiar sus influjos, que es variado, mezclado con las naturalezas que han participado en ellos: pero por ser ilimitado e imposible recordar el efecto singular en cada mezcla y explicar sin más todos los aspectos en cada una de sus formas pensados en tal cantidad de partes diversas, se podría dejar verosímelmente este estudio a la tarea y el conocimiento del matemático en cuanto a las distinciones parciales»³².

«Peculiaridad» es un término que aparece una y otra vez en Tolomeo: *ídion, idio - tropía*: es la obsesión ya señalada por la singularidad. Pero no menos evidente es la combinatoria: infinita, dados los elementos en juego y los criterios posibles de combinación, de los cuales aquí sólo menciona tres: aspectos, cambios de los signos zodiacales (paso de una casa a otra: «tránsitos»), fases solares. Como el total de signos es 19 (siete planetas y doce signos zodiacales), la combinatoria posible es tres elevado a la decimonovena potencia.

Para reforzar todo esto el astrólogo recurre a una cosmovisión muy vieja, que sabe adaptar a sus necesidades, la relación macrocosmos-microcosmos: el cuerpo humano es un mundo en pequeño, cada parte del cuerpo tiene una relación especial con uno de los signos del zodíaco; es la «melothesia»:

cabeza	es la zona de	Aries
cuello		Tauro
hombros		Géminis
pecho		Cáncer
costados		Leo
vientre		Virgo
nalgas		Libra
partes pudendas y matriz		Escorpión
muslos		Sagitario
rodillas		Capricornio
pantorrillas		Acuario
pies		Piscis ³³ .

Con la melothesia los astrólogos pueden aplicar la astrología a la medicina y prever las diferentes enfermedades a las que serán propensos los hombres y mujeres nacidos bajos los diferentes signos del Zodíaco. Y hubo toda una rama de la medicina popular antigua, la iatromatemática, que estaba especializada en este tipo de curaciones. Ni siquiera los grandes médicos —Galeno—, se privaron de recurrir a ella³⁴. La melothesia cumple así una función de mediación en un terreno

³² cf. Tolomeo: *Tetrabiblos*, II, 8, 88

³³ cf. Manilio: *Astronomica*, II, 453-465; Sexto Empírico: *Adv. math.*, V, 21-22; Fírmico Materno: *Mathe-sis*, II, 24; cf. A. Bouché - Leclercq: *L'astrologie grecque*, p. 319 ss. No sólo hay una melothesia zodiacal, sino

también planetaria, que es la que sigue Tolomeo: *Tetrabiblos*, III, 12, 148.

³⁴ cf. Tolomeo: *Tetrabiblos*, III, 12, 148-154; cf. L. Gil: *Therapeia*. La medicina popular en el mundo clásico, Madrid 1969, p. 403 ss.

específico —aunque no se restringió al médico—, entre los astros y los hombres. De nuevo se comprueba aquí el afán de orden y de distribución en la mentalidad astrológica.

Las características de este código astrológico son:

1. *Regularización*: si se aplica a un signo un atributo en un eje, por ejemplo, en el del sexo, todos los demás signos deberán llevar también su respectivo sexo; aunque hay que distinguir entre los planetas y los signos del Zodíaco como zonas específicas y campos autónomos, por más que compartan ciertos criterios de clasificación, no sólo de interrelación. Esta regularización lleva a veces a entrar en contradicción con los conocimientos empíricos que los propios astrólogos tenían. El caso más flagrante es la distinción entre *imagen* y *signo* del Zodíaco propiamente dicho: «imagen» es la forma visual que el signo tiene para el observador terrestre; sabían que cada signo zodiacal tenía distinto número de estrellas, que su extensión en la bóveda celeste era muy diferente; y, sin embargo, los distribuyen en treinta grados cada uno («signo»)³⁵; de esa manera se completan los trescientos sesenta grados de la esfera, todos son geoméricamente equivalentes; la uniformidad en el círculo de las estrellas fijas se impone. Predomina el esquema teórico sobre la presión empírica: y eso, a pesar de que la determinación del horóscopo exige el máximo esfuerzo empírico.
2. *Bipolarización*: dentro de cada eje y criterio de clasificación, los signos se distribuyen en un par, y sólo un par, de alternativas: o es diurno o nocturno, pero no crepuscular; o es izquierdo o derecho; o es húmedo o seco... Es cierto que algunos signos son ambivalentes, como por ejemplo, Mercurio, que es tanto benéfico como maléfico, masculino como femenino, diurno como nocturno; o en el caso de la esterilidad o fecundidad, en que todos los signos del Zodíaco, salvo Leo y Piscis, son ambiguos. Pero de lo que se trata, ante todo, es de los criterios clasificatorios, no de las propiedades de los signos en ellos; aunque se tiende a repartir en uno de los dos lados de la alternativa a cada uno de los signos.
3. *Exhaustividad*: los criterios clasificatorios tienden a cubrir todos los aspectos en los que el hombre está implicado: naturaleza (elementos, cualidades primarias, colores, meteorología; estaciones del año, meses; piedras, plantas, animales; cosechas); política (países y regiones geográficas); corporalidad (humores, melothesia, salud, edades de la vida); temperamentos, relaciones sociales, actividades, profesiones, moral, fortuna: es un código universal. Y, además, no hay un signo que no esté clasificado de acuerdo a estos criterios.
4. *Horror al vacío*: no hay casilla sin cubrir; no hay espacio sideral que no esté ocupado por algún planeta o signo zodiacal; dentro de cada orden (planetas / signos del Zodíaco) los signos no se confunden, se excluyen mutuamente; pero hay una continuidad incluso espacial y temporal en su aparición en los distintos momentos del día, de las estaciones, del año; pero de tal modo, que entre signo y signo, por muy diversos que sean, hay contacto, no vacío. Esto se comprueba fácilmente en el concepto de casa que antes hemos expuesto, y en el de límite, además del de «tránsito»: el paso de un planeta a ocupar el lugar de otro al cambiar de signo, y que tanto dificulta el cálculo astrológico.

Este gran código se suele subdividir en subcódigos parciales, que afectan sólo a algunos grupos de signo. Pero estos subgrupos están, a su vez regularizados y construidos con los mismos criterios de bipolarización que el código general: los aspectos; el sexo se distribuye alternativamente entre

³⁵ cf. H. Gundel: «Zodiakós», en *RE*, 1972, col. 481-482.

masculino y femenino empezando por Aries; cada uno de los elementos (aire, fuego, tierra, agua) se corresponde con tres signos, en el orden de su aparición; y lo mismo ocurre con los colores y los humores, las edades de la vida, las estaciones del año, los lugares geográficos (sur, este, norte, oeste), los temperamentos³⁶. La subclasificación de los triángulos es ejemplar: el primer triángulo (Aries, Leo, Sagitario) es masculino, norte, seco e ígneo; el segundo, femenino, sur, frío, terrestre; el tercero, masculino, oeste, caliente, aéreo; el cuarto, femenino, este, húmedo, acuoso: se van alternando regularmente los sexos, se cubren los distintos puntos cardinales, intervienen todas las cualidades físicas, y todos los elementos tienen un triángulo. Estos subcódigos sirven para reorganizar internamente el código general y lo vertebran en una regularidad rítmica; aunque no todos los campos están tan perfectamente estructurados; el de las profesiones, características temperamentales, etc. es menor. Es decir, tanto más estructurado está el campo astrológico cuanto más lo esté el universo científico del que proceden sus conceptos; como la física vive ya de acuerdo a la teoría de los cuatro elementos y de las cuatro cualidades básicas, el astrólogo procederá aquí con seguridad en su asignación a los distintos astros; y lo mismo en la geometría; y bastante bien en la medicina (sigue la teoría de los humores, no la de los elementos³⁷); pero no había una clasificación semejante de las profesiones y de las actividades sociales³⁸; tampoco este campo está demasiado bien estructurado en la astrología. La astrología aparece así como saber derivado de saberes.

El código tiende a subdividirse indefinidamente, siempre con los mismos criterios. Cada signo zodiacal se subdivide en tres zonas de 10 grados cada una, los «decanos», para lograr una mayor precisión; obtenemos así 36 subclasificaciones de círculo del Zodíaco. Pero, con ello, también la melothesia se complica: ya no serán doce las partes del cuerpo las puestas en relación con los signos, sino treinta y seis; y sus correspondientes enfermedades³⁹. Unas partes del código posibilitan el desarrollo de otras y, lo que es más, lo determinan: es decir, actúan los signos como un estricto sistema. Cada signo zodiacal, que es la duodécima parte del círculo, se subdivide a su vez en doce partes, de dos grados y medio cada una, sistema llamado de las «dodecatemorias»: se repite en cada signo zodiacal lo que en el conjunto del Zodíaco: cada signo es un Zodíaco en pequeño. Para ello, se asigna a cada una de estas unidades uno de los signos zodiacales, en el mismo orden, empezando, como signo dominante, por el mismo que es subdividido; por ejemplo, la primera parte de Aries está dominada por Aries, la siguiente por Tauro...; la primera parte de Tauro está dominada por Tauro, la siguiente por Géminis...⁴⁰. Cada parte es un espejo del todo: el sistema global no sólo se reproduce, y se reorganiza intrínsecamente, sino que se afianza y amplía sin que cambien sus presupuestos y sin que se genere una auténtica novedad.

Todos estos rasgos operan simultáneamente en el conjunto del código: sirven para organizarlo como un sistema, no en lugares o aspectos zonales del mismo. Se puede comprobar todo esto, de manera incipiente, en las tablas I y II que adjunto (faltan las correlaciones entre signos, quizás aún lo más significativo).

Por todo ello se puede decir que el universo semántico que presenta la astrología está estructurado a modo de diccionario, no de una enciclopedia⁴¹. Es decir, pretende incluir los significados ya

³⁶ Ver la tabla de H. Gundel, *o. c.*, 1972, col. 571-572; y un ejemplo de sistematicidad cuaternaria, en J. Martínez Gázquez: «Astronomía y astrología en Roma», en A. Pérez Jiménez (ed.), *o. c.*, 1992, p. 155-156.

³⁷ cf. P. Laín Entralgo: *La medicina hipocrática*, Madrid 1970, p. 80-82; 142-153.

³⁸ cf. D. Rössler: «Handwerker», en E. Ch. Welskopf (ed.): *Untersuchungen ausgewählter altgriechischer sozialer Typenbegriffe*, t. III, Berlin 1981, p. 193-268.

³⁹ cf. H. Gundel: «Zodiakós», en *RE*, 1972, col. 581-582.

⁴⁰ cf. Manilio: *Astronomica*, II, 693-787; cf. H. Gundel: «Zodiakós», en *RE*, 1972, col. 560-562.

⁴¹ Para la distinción entre diccionario y enciclopedia, cf. U. Eco: *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Trad. R. P., Barcelona 1990, p. 75 ss.

establecidos de una cultura, no abrirse a interpretaciones inacabables en un proceso semiótico interminable, termina en sí misma, y es pretendidamente clasificable y ordenada internamente. Este tipo de código es cerrado y dispone de las claves de su propia estructuración. Un ejemplo clásico de este tipo de código es el árbol de Porfirio: allí los singulares se agrupan en especies, las especies en géneros, los géneros en otros géneros más universales: son procesos de clasificación, no de interpretación. La contradicción está excluida. El astrólogo, por eso, cuando se le acusa de error, responde que se trata de un error empírico, no del sistema conceptual y de la metodología en que se asienta: la ha aplicado mal, sus límites cognoscitivos se deben a las capacidades personales de los practicantes, no a los del saber astrológico como tal.

FUNCIONES DE LA ASTROLOGÍA

Cuando en el mundo antiguo, y a veces también las pocas cosas que se escriben valorativamente sobre ella en el moderno, se discutió sobre la astrología fueron dos los temas en que se centraron: su validez epistemológica y la naturaleza de las dotes del astrólogo⁴². Centrándonos en el mundo antiguo, esto denota una notable perspicacia, porque el pensador antiguo alió estrechamente las ideas al comportamiento y, con ello, al alcance político de este saber: si la astrología está en lo cierto en sus predicciones y el comportamiento humano está condicionado por los astros, que son mucho más poderosos que el hombre y que la tierra, una de dos: o toda legislación sobra, porque estas fuerzas se encargan de conducirnos, en cuyo caso la sociedad sería un caos; o no habría que preocuparse demasiado, puesto que el orden del cosmos se basa en la armonía y su influjo no puede ser otro que su plasmación en la tierra: por tanto, el orden político y el moral también serán armoniosos. En ambas interpretaciones el concepto de poder de los astros es decisivo, y este poder pasa por su conocimiento.

Sobre las dotes del astrólogo es natural que también se plantearan la cuestión⁴³. Porque una cultura que conscientemente está en desarrollo de un tipo de mentalidad, la mítica, hacia otra nueva, en un proceso de racionalización y complejificación, lo cual supone un nuevo tipo de hombre y de formas de vida, no podía dejar de sentir como algo cada vez más extraño este tipo de saber que su manera de entender la racionalidad había marginado. De ahí que vean al astrólogo o como una supervivencia de formas arcaicas de vida y de pensar y lo conexas con los dioses, sea para bien o para mal; o lo consideren como un tipo de sabio dentro de las formas de conocimiento de la nueva sociedad, en cuyo caso procurarán subrayar lo que le une a la racionalidad imperante: son los partidarios de la astrología como conocimiento y arte aprendido, no dotación adivinatoria.

En ambos casos, el de la validez epistemológica y el de la dotación del conocimiento astrológicos, aparecen con toda claridad la incomodidad y el carácter sesgado culturalmente de la astrología:

⁴² cf. O. Neugebauer: *A History of Ancient Mathematical Astronomy*, New York 1975; y la colección de artículos: *Astronomy and History*, New York 1983, en especial, p. 33 ss y 352 ss; L. van der Waerden: *Die Anfänge der Astronomie*, Groningen 1965.

⁴³ Fueron, sobre todo, los estoicos, los neoplatónicos y también Plutarco los que aceptan esta discusión y posicionamientos: cf. Cicerón: *De divinatione*, I, 6, 11-14, 24; 51, 117-57, 131; Jámblico: *Sobre los misterios egipcios*, libro III; Plutarco: *Los oráculos de la Pitia*, 10, 398 f-23, 406 b: diversas posiciones; *La desaparición de los*

oráculos, 38, 431 a-46, 435 e: ambos diálogos en *Obras morales y de costumbres*. T. VI. Introducciones, traducciones y notas por Fca. Pordomingo Pardo - J.A. Fernández Delgado, Madrid 1995. Un resumen amplio de las objeciones epistemológicas a la astrología se encuentra en Firmico Materno: *Mathesis*, I, 1-4; para la adivinación en general, cf. A. Bouché - Leclercq: *Histoire de la divination dans l'antiquité*, I, p. 107 ss: habla también de la oposición entre la adivinación inductiva y la intuitiva.

no cabe en los cánones de lo que se va imponiendo cada vez con más fuerza como el modelo cultural de racionalización. Y es desde esta perspectiva, la de la racionalización social, desde donde hay que analizar el fenómeno global de la astrología. Las discusiones de los antiguos filósofos y astrólogos, fueran cuales fuesen sus posturas, al haber elegido estos dos temas, ponen de manifiesto que acertaron en lo fundamental o, por lo menos, que la astrología les afectaba en puntos importantes de su propia cultura.

Pero, a mi entender, este es un planteamiento sumamente reducido del problema. Porque desde un punto de vista estrictamente epistemológico, las críticas a la astrología no deben apoyarse prioritariamente en si aciertan o no en sus pronósticos, en si es posible o imposible determinar el momento exacto del horóscopo o en si las técnicas e instrumentos para esa determinación no son lo suficientemente precisas como exigen los propios cálculos, tal como critica, por ejemplo, Sexto Empírico⁴⁴, para poner un caso de un adversario minucioso e inteligente. El verdadero fallo epistemológico de la astrología es su ambición misma: se presenta como un saber total: incluye en sus ejes de análisis todos los criterios de su cultura, de modo que se presenta como un universo cerrado y global. Esto significa, primero, que pugna con la posibilidad misma de renovación que toda cultura lleva en sí, incluida la antigua, por más tradicional que sea. Pero es que, además, el proyecto astrológico es contradictorio en su propia constitución: si quiere explicar lo singular en su individualidad lo hace reduciendo y eliminando otra vez lo singular, que es el modo y el índice de renovación: una tensión ingente se establecerá en el interior mismo de la astrología entre su orientación a lo singular y futuro y su estabilización en virtud de criterios de este orden preestablecido. El astrólogo no niega la singularidad de destinos, pero el peso de los astros en su constitución es demasiado fuerte como para permitir que alteren el orden social o la acumulación histórica y la estructura y ordenación misma del código: los sucesos no renuevan el código.

Pero, sobre todo, epistemológicamente, es la noción misma de totalidad la que es teóricamente insostenible: una explicación para todo no explica nada: sólo es de rigor aquella teoría que deja de lado aspectos, ámbitos, prioriza unos sobre otros, selecciona; dicho de otra forma, la que establece diferencias y jerarquías. La tensión que antes he señalado surge precisamente de esta totalización del pensamiento astrológico.

Pero hay más.

Cuando se plantea el alcance y el significado de la astrología hay que ampliar horizontes, puesto que la noción de racionalización no se deja reducir a aspectos estrictamente epistemológicos. Las funciones de la astrología en el mundo antiguo —cualquiera que sea su valor epistemológico— son muchísimo más ricas. Y paso a enumerarlas.

En primer lugar, dota de significado al individuo: lo que parecía algo absolutamente carente de valor, se enriquece enormemente al aplicarle el conjunto de criterios bajo los cuales va a ser visto. Frente a las filosofías, que ven en el hombre una esencia, un género y una especie, una racionalidad en pugna con una emotividad, una lucha del cuerpo y del alma⁴⁵, los astrólogos introducen en su análisis los aspectos de la cotidianidad: profesiones, salud, sexo, ..., todos y cada uno de los criterios que tiene el signo bajo el cual ha nacido. Supongamos que alguien es Acuario; para simplificar vamos a detenernos sólo en los rasgos que esta persona tendrá por las características intrínsecas de este signo, sin añadirle las que resultan de su combinación con otros planetas y otros signos del Zodiaco. Será femenino y, por tanto, húmedo, tendrá figura humana, de constitución simple, y de

⁴⁴ cf. Sexto Empírico: *Adv. math.*, V, 43-104.

⁴⁵ Baste recordar la dialéctica y la psicología platónica, la lógica aristotélica, la moral estoica.

posición izquierda, nocturno, marino, y será tanto fecundo o estéril según combinaciones, completo en sus miembros, de postura erguida y con complicaciones en las pantorrillas (o en los tobillos, según otros iatromatemáticos), flemático. Cada una de estas características tiene una constelación de rasgos concomitantes, que son los que van a incidir en su temperamento, en la elección de su profesión, en su salud, y con todo ello, en su fortuna y en su actuación social. El individuo, que no cabía en un sistema filosófico más que como repetición, se rescata de su anonimato. Pero dada, además, la complejidad y riqueza de los criterios puestos en obra, difícilmente puede coincidir con otro individuo acuario. El individuo adquiere así una plenitud de significado insospechada. Si, además, añadimos los rasgos que resultan de las combinaciones entre los diversos astros nos podremos imaginar la exuberancia. La gratificación que experimenta el consultante al astrólogo no surge primariamente del temor al destino o cosas por el estilo, como se suele repetir una y otra vez, o porque el astrólogo le pinte las cosas de acuerdo a sus expectativas y deseos, como se da por hecho, sino de este enriquecimiento de su singularidad y de esta totalización de sus dimensiones: se siente atendido en lo más concreto y en lo más variado de su personalidad y de sus roles sociales. Esta es la primera función de la astrología, sobre la que no se suele insistir. La astrología es una recicladora del significado individual.

Pero, con ello, la astrología crea una tensión semántica inusitada: cualquier acontecimiento, bienaventurado o desgraciado, fortuito o necesario, tiene algún valor. La rutina de la atención en la cotidianidad queda eliminada: lo que podría pasar desapercibido, adquiere relieve o puede adquirirlo. No digo yo que este sea la única manera en que los acontecimientos cotidianos adquieran significado y se logre la tensión semántica (hay conceptos sociales que consiguen algo parecido, por girar en torno a ellos todo el universo de las representaciones sociales, por ejemplo, el de la honra y el honor en la época del barroco⁴⁶); lo que afirmo es que la astrología lo consigue. El astrologizante será un hombre alerta, minucioso, rozando la suspicacia porque, en último término, la complejidad de los criterios puestos en juego y la imposibilidad de precisar en qué consiste un acontecimiento singular, lo dejan indefenso ante aquello que él mismo trata de solucionar. Y esta es otra de las tensiones intrínsecas a la astrología. Si el astrólogo nos dijera cuáles son los límites de un acontecimiento, los índices que hay que tener en cuenta para determinarlo, por lo menos habría un mojón de orientación en sus observaciones. Pero cualquier cosa o suceso podría ser significativa, y, precisamente por eso, no serlo. O si restringiera a algún ámbito su observación podría descansar; pero, en principio no hay ninguna de las dimensiones sociales y personales que se escape a su tarea. La sobrecarga semántica y la imposibilidad de su determinación agobian al astrologizante; de ahí su angustia. Paradójicamente falta un concepto de acontecimiento en la astrología: precisamente por la pluralidad totalizante de criterios para determinarlo.

Por todo ello, otra función de la astrología es instalar al individuo en el orden social: los ejes de sus análisis siempre se toman de los criterios de valoración social (salud, profesión, temperamento...), que tienen que ver con las actividades y las expectativas sociales. Además, la finalidad a la que apuntan es a la determinación del acomodo o no de los individuos en este orden: es su felicidad o desgracia. La felicidad del consultante nunca incluye, por ejemplo, su exclusión de lo social, su victoria sobre la sociedad, sino su triunfo dentro de esa sociedad y dentro de los baremos y escala de valores de esa sociedad. El cliente nunca obtiene como resultado de sus consultas una singularidad tal

⁴⁶ cf. J. R. Arana: «Calderón en los intersticios de Descartes», en V. Gómez Pin (ed.): *Descartes. Lo racional y lo real*. Barcelona 1999, p. 251-256.

en la que él estuviera sólo frente a todo el conjunto de su sociedad, sino, todo lo más, como lo más destacado de ella: sería un modelo de lo que la sociedad desea; un prototipo. La astrología se maneja, pues, en cuanto a criterios de análisis, con los de la sociedad, y en cuanto a finalidades, a la integración social y a aclarar al consultante sobre su puesto y su devenir en ese orden. Es un saber de integración social. Todo en el horóscopo está orientado a saber la felicidad, el beneficio o maleficio del consultante, si serán propicios o no los astros. Jamás la astrología cuestiona los valores sociales: los presupone.

Con todo ello no se acaban las funciones de la astrología. Porque todas las predicciones se realizan en el medio de las conexiones del individuo con los signos, es decir con el cosmos. La astrología pone en conexión al sujeto con lo cósmico: es una tarea de cosmización. Con o sin melothésia, que sería una técnica específica, pero prescindible, de tal función. El sujeto experimenta aquí una exaltación sin parangón: a fin de cuentas, el mundo social e histórico, geográfico es más o menos conocido; nuestro rol en él se reduce a unas relaciones sociales, a una competencia y colaboración y a una serie de leyes reguladoras. Pero en la cosmización somos insustituibles, porque entramos en contacto directo con fuerzas superiores a cualquier actividad y poder humano: somos catapultados, por encima de las presiones y fuerzas sociales, a un lugar y a un conjunto de relaciones que ningún poder social puede marginar ni reducir: también los poderosos están sometidos a ellas. Y es que se nace en un lugar y un tiempo singulares, cuyas coordenadas no son intercambiables por ninguna otra. La astrología es aduladora. Pero también es anonadante: un poder social puede ser cambiado, pero ¿cómo transformar el poder de las estrellas en su circular eternamente igual e imperturbable a lo largo de los siglos? Estaban ahí cuando nosotros aún no habíamos nacido y seguirán ahí cuando desaparezcamos. Nueva tensión entre el halago y el anonadamiento. Pero la cosmización tiene también otra función interna: lo mismo que el mundo estrellado es un mundo de orden, de pureza y de regularidad, también sus influjos en la tierra han de serlo, aunque en menor medida, por la interposición de la materia sublunar. El orden en la tierra —meteorológico, geográfico, social, individual—, es una plasmación de ese orden cósmico. El individuo encuentra así su lugar en un conjunto cuya estructura le maravilla: Kant supo unir de manera definitiva esta doble dimensión, que él resumió en la doble afirmación del orden estrellado en el firmamento y el orden moral en el hombre. Esta cosmización afecta al terreno ideológico, puesto que se sostiene en valores pregnantes para la propia sociedad; en el socializador, porque afecta al comportamiento global de los individuos.

Entramos así en uno de los terrenos más famosos y más discutidos de la astrología: el de su presunto determinismo del comportamiento y su negación de la libertad de la acción, nuevo conflicto. Aunque hay matices en este tema, los adversarios de la astrología sostuvieron que negaba la libertad humana por obra de un determinismo estricto; los astrólogos y los filósofos partidarios de ella sostuvieron que no había tal determinismo estricto y que, en cualquier caso, era siempre útil conocer el propio destino. Un frase de Luciano puede servir de resumen:

«La astrología es incapaz de convertir lo malo en bueno o de cambiar algo en el curso de los acontecimientos, pero es útil a quienes la consultan, pues deleita con muchísima anticipación a los que saben que les va a llegar algún motivo de felicidad, mientras acogen con más facilidad las desgracias, pues no les sobrevienen sin esperarlas, sino que las sobrellevan con más suavidad y naturalidad por su expectativa»⁴⁷.

⁴⁷ cf. Luciano: «Sobre la astrología», 29, en *Obras* Tomo III. Traducción y notas por Juan Zaragoza Botella, Madrid 1990; otras razones, algunas parecidas, sobre

la utilidad de la astrología, cf. Tolomeo: *Tetrabiblos*, I, Proemio, 3, 10-15; Manilio: *Astronomica*, IV, 98-118: niega el determinismo.

En mi opinión, no sólo ningún astrólogo afirmó nunca la determinación absoluta del comportamiento, sino que, lo que es más importante, la astrología como saber y práctica no podía hacerlo. Porque la complejidad de los criterios y del material mismo que maneja —la indefinición hasta lo ilimitado de las combinaciones de que hablaba Tolomeo—, imposibilita un conocimiento exacto y total de lo que se propone. Esto no sólo sirvió de coartada epistemológica a los astrólogos para defender su disciplina, diciendo que los errores de los astrólogos no hay que asignarlos a la disciplina como tal, como ya he indicado, sino que dejan de hecho un margen de indefinición para la actuación del individuo. Por si fuera poco, los factores que intervienen en el influjo astral no son todos del mismo poder; además, unos individuos alteran con su actuación los comportamientos de otros: los astrólogos no se sabe si predicen el resultado final de un destino o sólo lo que primariamente los astros habían predeterminado a los consultantes.

Todas estas consideraciones quedan recogidas en el concepto estoico de *heimarméne*. Los estoicos, en especial Posidonio, pero mucho antes que él otros, por ejemplo, Crisipo, defendieron con ideas filosóficas y basándose en consideraciones de filosofía natural, la validez de la astrología⁴⁸. En la naturaleza todas las cosas están interrelacionadas y todas actúan unas con otras en un cierto orden. Si doy un golpe con la mano en un cuerpo sólido, se producirá un ruido: el golpe es la causa del ruido; el ruido llamará la atención de un transeunte, que girará la cabeza: este girar es efecto de aquel ruido; le pediré dinero al girarse.... Hay una concatenación de causas. La *heimarméne* es la concatenación causal de los fenómenos del universo. Pero la concatenación causal no implica el determinismo absoluto de la acción, porque no todas las causas tienen la misma fuerza: no es lo mismo que alguien gire la cabeza por la llamada de atención de un ruido que porque esté preso y alguien físicamente se la retuerza; además, en un mismo suceso pueden incidir diversas causas simultáneamente: por ejemplo, la mayor o menor prisa que tenga el transeunte, además del ruido, incidirán en que se vuelva o no. Esta *heimarméne* no es determinante, sino sólo condicionante. Con esta teoría los estoicos defienden que todo tiene su explicación causal en el cosmos, pero no niegan la libertad. Por eso, ellos sostienen simultáneamente el libertad de indiferencia en el acción: entre el momento de la percepción de un objeto y la respuesta, se interpone siempre el asentimiento (o rechazo); momento no necesariamente cronológico, sino fenomenológico⁴⁹.

En el terreno de la astrología esto supone reconocer que los astros tienen un poder, como cuerpos que son; no digamos nada para los partidarios de su divinidad. Pero, también, que su poder es compartido, pues unos se compensan con otros. Además, lo deben compartir con los factores del mundo sublunar, que se encargan de multiplicar o de distribuir o de reducirlo, según las posiciones, estaciones del año...; las posiciones combinatorias de todo esto, como sabemos, se llevan hasta lo ilimitado: la noción de destino es más bien el resultado que los posteriores hacen de quien ha desaparecido ya, que la actuación de quien tiene que pechar con su propia vida, sin saber de cierto qué es lo que puede esperar en concreto de ella.

Si mi interpretación de la astrología como saber de lo singular futuro es correcta, se explicarían con cierta facilidad los posicionamientos de los filósofos antiguos sobre ellas: son partidarios de la astrología los que sostienen la necesidad o sus variantes como un elemento de su concepción del

⁴⁸ cf. W. Theiler (ed.): *Poseidonios Fragmente*, Berlin 1982, I, frags. 381-388; II, Erläuterungen, p. 307-316; están mejor recogidos que en L. Edelstein - I. G. Kidd (eds.): *Poseidonius. The Fragments*, 2 vols., Cambridge 1972.

⁴⁹ cf. J. R. Arana: «La ecología durante el helenismo. El estoicismo», en *Hierax. Revista de cultura griega*, 1995, 4, p. 47-48; 51-52; para los estoicos primitivos.

cosmos (estoicos y platónicos): necesitan complementarse con lo que les falta; sería un saber moral de la individualidad. Mientras que los que tienen ya integrada en su filosofía la singularidad, es decir, el azar, (epicúreos), no requieren para nada de un saber que sería redundante respecto a sus propios planteamientos: la astrología les sobra. No es tanto, pues, una oposición determinismo / indeterminismo, sino del papel de lo singular en el saber y en la acción.

Finalmente hay otro aspecto de la astrología de verdadera transcendencia y alcance metafísico, no sólo moral: convierte en signos a todos los elementos del mundo, no sólo a los astrales. Antes he insistido en la intensificación semántica de la vida cotidiana. Ahora debo llamar la atención sobre ese otro aspecto. Quien vió con clarividencia semejante dimensión fue Posidonio con su teoría de la *simpatía* universal de las cosas: todas las cosas del universo tienen una misma naturaleza y, por tanto, están emparentadas; pero, además, todas remiten unas a otras: de este modo cada cosa es un signo de todas las demás. Las zonas del cosmos y las partes de la naturaleza son sustituidas por esta otra noción que integra la universalización, la comunidad y la compenetración: ese es el concepto de *simpatía*. Es el concepto ontológico de significación. No sólo el lenguaje del hombre tiene un significado, sino que las cosas mismas son un lenguaje. El cosmos, no sólo es astronómico, es una unidad de destellos⁵⁰.

Podemos resumir todo esto diciendo que la astrología es un saber de integración social de lo individual a través de la integración del individuo en el universo semántico. Efectivamente, la astrología es la gran semántica del mundo antiguo. Pero una semántica ya codificada, no como proceso o procedimiento de generación de significado. No digo que la astrología no cambia en su interior y que este universo semántico sea firme y definitivo: sería interesante estudiar, por ejemplo, en qué medida las transformaciones de la astrología y de las teorías astrológicas están en función de los cambios y revisiones que se operan en la cosmovisión antigua. Lo que afirmo es que toda sociedad tiene un diccionario de conocimientos, depósito de lo que considera saber establecido. Con ese saber opera la astrología. Y de una manera unitaria, en todas sus dimensiones, introduciendo al sujeto en él por presuposición implícita, no discutida, de los valores compartidos. Esta inexplicitación de esos valores, es lo que la hace inmune a la crítica, frente a la vigilancia de la filosofía. De ahí su mayor eficacia integradora.

JOSÉ RAMÓN ARANA
Universidad del País Vasco - EHU

⁵⁰ cf. K. Reinhardt: «Poseidonios von Apameia», en *RE*, 42, 1953, col. 653-658.